

ALGUNAS NOTAS SOBRE EDGAR ALLAN POE

Francisco Castañeda / Facultad de Filosofía y Letras

Es presumible que toda valoración de la obra poética de un autor, como Edgar Allan Poe, vaya destinada a resaltar los elementos irracionales, o la pretendida demencia alcohólica del difamado escritor norteamericano, “monstruoso bastardo del diablo”, como le llamó su contemporáneo y rival literario Rufus W. Griswold.

Tal parece que no es posible abordar, siquiera sea con un mínimo de seriedad, la producción literaria y más concretamente poética, de quien ha terminado por ser convertido en un monstruo que engendró a otros monstruos.

Edgar Allan Poe sólo tiene cabida cuando se habla de cuentos o narraciones terroríficas, género poco apreciado por los profesionales de la crítica petrificada y petulante que, es también, la más extendida en nuestra época, y cuyos intereses parecen ser más “elevados” por cuanto no se entretiene en “literatura barata”.

Es cierto, Poe merece un juicio menos desagradable e incluso, se le puede considerar como un magnífico escritor de relatos breves, lo más conocido de su obra.

Todo este proceso clasificador que hace de la literatura un archivo, donde se registran nombres, fechas y estilos, ha deformado —quizás con mayor eficacia— la personalidad literaria de Poe, convertido en fabricante de historias negras y grotescas, hijas adecuadas de una mente enferma y notoriamente perturbada por el opio y el alcohol, verdaderos responsables de todo cuanto escribiera el caballero bostoniano.

Afortunadamente, no todos han quedado satisfechos con un retrato de Poe tan incompleto como impreciso. A Cortázar, por ejemplo, debemos una excelente traducción al castellano de la mayor parte de los escritos de Poe, sin embargo, hasta la fecha, vuelve a repetirse la que ya es una omisión ineludible: la obra poética de quien escribiera en su *Autobiografía, Espiritual* palabras como las que aquí se transcriben:

Soy joven y soy poeta (si es que el amor hacia lo Bello puede crear poetas) y deseo serlo. Soy irremediamente poeta. También había dicho Poe que para él, la poesía no era un propósito, sino una pasión.

Esto nos obliga a rectificar o, en el mejor de los casos, a corroborar la opinión que tengamos sobre el desdichado escritor. Resulta necesario hacer acopio de fuerzas para estudiar la obra de cualquier poeta, más aún, tratándose de alguien que es, prácticamente, un desconocido como tal. Pero a la voluntad deberá añadirse el talento, capaz de distinguir lo que vale un poema no por lo que se haya dicho sobre él sino por lo que dice de sí mismo ese poema.



Quien esto escribe, se encuentra muy lejos de poseer la experiencia y conocimientos necesarios como para enmendar los graves errores, perpetrados sistemáticamente, en torno a la obra de Poe; queden las líneas que aquí se ofrecen, como un intento por motivar a quienes sí pueden realizar semejante empresa. Por lo pronto, baste con hacer un llamado a la imaginación de aquellos más capacitados, para el trabajo no poco arduo, de redescubrir la poesía del genio americano.

Habrá que acudir a las citas de autores más lúcidos, a fin de contar con argumentos verificadores del valor que otros se empeñan en negarle a la poesía del que concibiera la realización más perfecta, y que, si no pudo llevar a cabo, fue porque también en su tiempo, y ya desde entonces, los criminales literarios le obligaron a cambiar el poema por el cuento.

Ramón Gómez de la Serna, el gran escritor, también, no siempre bien comprendido, dio con su pluma ágil y delirante, una extraordinaria biografía del difamado, en la que apunta:

Poe es un caso especial, una entelequia con un valor latente superior a su obra, por lo cual es más importante que lo que hizo, el paso adelante que dio en el tiempo, para bien de todos, para luz de todos.

Si fuese éste el único testimonio favorable, podría admitirse la duda y no sería tan condenable la indiferencia que algunos mantienen ante la obra de Poe; pero, ¡qué lejos de ser esto cierto!

A los coleccionistas de frases elogiosas, sorprenderá quiénes las dedican al autor de *El Cuervo*.

En una carta desesperada, Baudelaire escribe a su madre:

¿Comprendes por qué, en medio de la pavorosa soledad que me circunda, he comprendido tan bien el genio de Edgar Poe, y por qué he escrito tan perfectamente su abominable vida?

En otra misiva expresa lo siguiente:

La primera vez que abrí un libro suyo, encontré allí, con terror y éxtasis, no sólo objetos por mí soñados, sino además frases pensadas por mí y escritas por él veinte años antes.

Mallarmé también hace público reconocimiento de Poe:

Más continúo esta dirección del compromiso literario, y más fielmente retorno a aquellas severas ideas que debo a mi gran maestro Edgar Poe.

Para Valéry, Poe es “el inventor de profundas y pérfidamente sabias teorías poéticas”.

Curiosamente, fue en Francia y, principalmente, entre los poetas simbolistas, donde el genio de Poe encontró su mayor reconocimiento, mientras que en el resto del mundo, salvo contadas excepciones, y todavía en la actualidad, el juicio general acerca de la obra de Poe no es muy favorable.

Edward H. Davidson, profesor de inglés en la Universidad de Illinois, ve así el panorama actual:



A pesar de las excelencias de la investigación analítica que se ha hecho de la vida y de las obras de Edgar Poe, la reputación de éste, fuera del ambiente popular creado por las lecturas de la educación secundaria, es muy baja en la actualidad. Su poesía es considerada como una serie de rimas no muy complejas ni artísticas, ejecutadas por un poeta que tomó más en serio el asunto de la poesía de lo que sus versos hacían necesario. . . La cuestión de Poe no será dilucidada nunca. . . El arte de Poe fue el espectro de la irresolución simbólica; pero entonces ¿quién podría ser categórico y completo al exponer el oscuro mundo del terror, de cuya conciencia carece la misma mente?

Muchas otras opiniones podrían ser añadidas aquí, pero no es el caso transcribirlas todas y valgan las anteriores para hacer más patente la veneración que otros poetas profesaron por el solitario Edgar Poe, cuya existencia precaria y no poco tormentosa hizo posible la creación genial de una obra que, sin embargo, parece estar por debajo de su autor. He aquí un rasgo excepcional que distingue a Poe de la mayoría de los hombres de letras: no debe tanto a su obra la fama que con el paso del tiempo ha ido alcanzando, por el contrario, su personalidad antecede a la obra, y, muchas veces, la opaca.

Edgar Allan Poe es justamente apreciado como un imaginativo narrador de historias breves (solamente escribió dos novelas propiamente dichas y ambas quedaron inconclusas: *Narración de Arthur Gordon Pym de Nantucket*, publicada ya en forma de libro por Harper and Brothers de Nueva York, en el año de 1838. La otra, publicada en forma de entregas por el *Gentleman's Magazine*, lleva por título *El diario de Julius Rodman*) e incluso, para los estudiosos de la literatura, Poe es un excelente crítico, cuya singularísima estética y teorías poéticas son consideradas como de gran valor e importancia. Se destacan principalmente entre sus trabajos críticos: *La filosofía de la composición* y *El principio poético*.

Pero en cuanto a poeta, el caballero bostoniano no acaba de ser totalmente reconocido, a pesar, como se ha visto ya, de las opiniones entusiastas de poetas consagrados.

¿Por qué?

Tal vez se deba a que Poe resulta aún más enigmático en sus poesías donde se conjugan los más dispares elementos, todos ellos bajo una cosmogonía hartamente complicada y, a decir verdad, no siempre fácilmente comprendida. Con todo, cualquiera que sea la causa de la escasa estimación que se le ha tenido como poeta, no justifica el desconocimiento de su obra, todavía, en buena medida, apenas estudiada por los especialistas, reacios a admitir su validez.

Si como bien ha dicho André Rousseaux: "La poesía moderna, que a mi entender arranca, en parte al menos, de Edgar Poe", resulta inaceptable el juicio apresurado de quienes le consideran un poeta menor.

Ya sea en los poemas de "Al Aaraaf", "Tamerlane", "Ulalume", "A Elena", "Annabel Lee" o "El Cuervo", Edgar Poe aparece como el precursor indiscutible de toda una nueva concepción de la composición poética. La característica más notable de la poesía de Poe es la contraposición de un mundo de visiones oníricas, espléndido y exultante, al mundo triste y sombrío de la realidad, o, como dijera Rousseaux: "los imperativos contradictorios de la esencialidad y la temporalidad".

Para terminar, nadie mejor que Baudelaire, el primero en descubrir el genio de Poe, quien como él, supo de la incompreensión y la injuria del mundo: "Todos los que habéis aspirado al infinito, rogad a Poe, que ve y que sabe; intercederá por vosotros."